

Paradigmas y vigencias dentro del mundo cristiano

ANTONIO HERNÁNDEZ - SONSECA*

“**N**os parece que todo ha cambiado como en ninguna época... los molinos de los dioses suelen moler hoy, no despacio, sino con unos ritmos tan acelerados que pueden falsificarnos la visión de la realidad y no permiten la sedimentación de aquellos principios que deberían regularnos”. Este criterio formulado por Julián Marías en su conferencia de 14 de febrero de 1997 en el Casino de Madrid con el título de “Pensamiento político o politización del pensamiento” nos sirve de pauta para detectar las vigencias y los paradigmas que han emergido con más fuerza en el Mundo Cristiano, cubierta ya una etapa de 2000 años, porque no cabe poner entre paréntesis y al margen de la historia el Suceso Cristiano, gestado, enraizado y desplegándose en el tiempo.

* Canónigo de la Catedral de Toledo. Profesor de filosofía.

Es evidente que en las etapas históricas del Cristianismo y de su autocomprensión destaca una estela de seguimiento entusiasta y martirial, más que a unos principios abstractos, a una Persona, Cristo, el galileo Jesús crucificado y creído como Viviente, desde la confianza en la Misericordia Providente del Único Dios Padre de todos y bajo la guía del Espíritu de Jesús. A los 2000 años sigue fluyendo viva esta corriente de fe contemplando la condición humana como un proyecto sagrado e irrenunciable, sin levantar muros de sospecha frente a la realidad de este mundo, porque es la gran víspera de la plenitud del hombre. Este núcleo sustantivo sigue latiendo desde sus orígenes, sin solución de continuidad.

Sin embargo ningún observador sensato puede cerrar los ojos ante el declive de la vigencia social de la Perspectiva Cristiana y la erosión de su plausibilidad en el mundo occidental europeo, como un signo de los tiempos de gran volumen. Ha decaído su intensidad en la intrahistoria. Ha crecido el nivel de la indiferencia, caldeada por un humanismo laico, que incluso fomenta un clima de hostilidad y desprecio; se han multiplicado las desidias y las resistencias a ingredientes nucleares teóricos y vitales de la identidad cristiana: la gracia, nuestra capacidad de pecado y de arrepentimiento, la esperanza en la vida personal perdurable después de la muerte, el carácter dramático de la vida con su desenlace de salvación o de perdición... como escasamente razonables, se ha desdibujado el sentido religioso y sobrenatural de la Religión; y se fomenta un positivismo que al no distinguir los aspectos sobrenaturales del Cristianismo, ya de nada se asombra, y nos acarrea incluso el eclipse de ese misterioso trasfondo de la Realidad, independiente de nosotros que nunca agotaremos ni desvelaremos del todo; ese horizonte de la realidad vital al que los primeros pensadores griegos llamaron *To qeion*.

Las voces y disonancias proféticas ante esta situación se vuelven ráfagas que se diluyen bajo la orquestación de refriegas y polémicas de las que no suelen salir beneficiadas las dimensiones sustantivas de “este camino nuevo de la vida”, como le denominaban inicialmente al Hecho Cristiano. Una situación de diáspora y de exilio que al silenciar las cuestiones radicales contribuye a una trivialización en la comprensión de la herencia cristiana. En los años 60, el teólogo Rahner profetizaba que el Cristianismo futuro viviría en diáspora y debería apostar entre ser místico y portador de esperanza, o no ser nada. El rumbo de los acontecimientos parece haberle dado la razón.

Aproximación al concepto de vigencia. Cada época alimenta un repertorio vivo de vigencias, paradigmas, modos de afrontar la vida desde unas actitudes básicas —Protágoras se refería ya a los Dogmata twv polewn—, que al modo de un campo de fuerzas nos movilizan desde la sombra; trazan derroteros a seguir; conforman estilos y maneras de expresarnos ya desde la infancia, y subterráneamente están actuando como estrellas polares y ejes del tejido colectivo, de unas generaciones, estamentos sociales... Nos presionan de forma impersonal determinando la conducta y la convivencia en sus rasgos generales; nos seducen positiva o negativamente; nos salpican con su huella como una circunstancia omnipresente que está forzando a la gran mayoría a obrar y pensar, simplemente porque se impone actuar de esa manera en el tejido social, sin una decisión previa suficiente.

Con ellas uno tiene que contar dentro del contorno social y adoptar una posición peculiar, aunque sea discrepando. “Al discrepar compruebo el relieve de una vigencia, su resistencia, su coacción a la cual me pliego o debo rechazar con esfuerzo”, afirma Julián Marías en *“La estructura social”*.

Nadie las promulga ni deroga por decreto. Emergen lentas desde una situación; centellean en las costumbres; se expanden o declinan por factores de la vida colectiva; pueden llegar a extinguirse o ser sustituidas o renovarse como un ideal soñado. Son históricas: cada sociedad se compone de un fondo credencial y axiológico, ideas circulantes, pretensiones y programas colectivos, mediaciones impuestas en tantas ocasiones por la moda, estimaciones que nadie sabría legitimar; con estos ingredientes nos revestimos; como un traje tan ajustado que prolongara nuestra corporeidad y del que no supiéramos desembarazarnos. Todas las novedades que sobrevengan encajarán en este mapa-mundo o chocarán con él. Empeño arriesgado querer marcar el punto cero de las vigencias. Theilard de Chardin, en sus explicaciones sobre la evolución biológica, hablaba de “el blanco de los orígenes”: los arranques de las grandes innovaciones están escondidos, como el manantial que luego se hace río; sólo los síntomas de los nuevos esquemas y líneas de fuerza resurgentes podrían rastrearse.

Resulta un empeño nada fácil confeccionar un balance global de los lazos invisibles que nos vinculan al tiempo y al lugar: en todo momento histórico coexisten al unísono las rupturas de nivel y los estancamientos, la persistencia y las alteraciones, los signos de decadencia y de novedad, como el trigo y la cizaña de la parábola, en un fiel reflejo de la ambigua complejidad de lo humano; una seria dificultad que no justifica la renuncia a este propósito, porque estas vigencias constituyen el hontanar de muchos problemas reales, los problemas que reclaman de nosotros cambios profundos, actitudes vigilantes, y actuaciones con mucha más imaginación. Descendamos al subsuelo para ver si volvemos con un poco de luz...

El paradigma del Vaticano II. Lugar teológico para un análisis de la hora presente. Pocos acontecimientos de catolicidad en el siglo XX alimentaron providencialmente tantas expectativas, incluso entre los observadores que siguieron las etapas de su trayectoria y analizaron sus resoluciones desde ámbitos no eclesiales. El mundo cristiano y la sociedad presente tenían necesidad de una toma de conciencia a fondo con voluntad de apertura y de comprensión, de puesta al día y de reconciliación con la realidad, que siempre es actual; se reconocía que todavía quedaban muchos caminos a recorrer, muchos desaciertos a corregir y omisiones a curar: la historia, la cultura, la sociedad, la vida humana, la evangelización del mundo son proyectos “in fieri” nunca agotados. Como en un renovado Pentecostés se esperaba mucho, casi todo; ante la extrañeza de muchos, se querían restañar viejas tensiones de desamor y recelos frente a la modernidad, con una atención fiel a los aspectos esenciales del Cristianismo y con una mirada religiosa al mundo actual, con inteligencia y amor, sin eliminar a Dios por acercarse en gesto samaritano a las luces y sombras, a los problemas y posibilidades de la hora presente. Un tiempo nuevo, arranque de nuevas responsabilidades y preocupaciones frente a los desafíos del presente; promesa y profecía de actitudes renovadas que se veían necesarias. Una profunda experiencia que hacía suyo aquel lamento bíblico proferido en el exilio: “nos parecía soñar”; y los sueños en la cultura hebrea representan cauces de Revelación. Presentíamos que se estaba gestando un largo camino de futuro a recorrer con entusiasmo todos juntos, sabiendo conjugar la pluralidad y la diversidad dentro de la unidad.

Nos puso la expectación en vilo. Y cuando se espera mucho, se sueña con tocar incluso aquello que pudiera parecernos humanamente imposible. El aire fresco renovador que debía entrar por las ventanas abiertas, según la intuición de Juan XXIII, alentó el proyecto del aggiornamento para no perder el tren de la historia que tantas veces se había dejado escapar; la inculturación; el querer entender a fondo como signo de fe robusta.

El Vaticano II despertó incontables iniciativas y pasos ilusionados hacia la libertad. Por sólidas razones teológicas y antropológicas, de un modo oficial, se comprometía con la tolerancia, y con “*la Declaración de libertad religiosa*” proclamaba este legítimo derecho, inherente a la dignidad humana creada y querida por Dios mismo. Un talante contrario a ese “síndrome de sitio”, tan bien encarnado por los fundamentalismos y los tropes fanáticos, que llegan a justificar sus violencias por su posesión de la verdad, en exclusiva, como de modo magistral pintó Dostoievski en la leyenda del Gran Inquisidor. Desde tales bastiones una recta tolerancia nunca podría proclamarse como valor y virtud del espíritu, ni se podría entender que sólo desde la libertad, inmune de toda coacción exterior, se puede vivir religiosamente.

El signo acuciante del diálogo. El gran reto que tantas veces hemos roto con demasiados obstáculos... Forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de los cristianos” declaraba el último Concilio. Y los tres papas del Vaticano II lo han destacado en las agendas de su pastoreo universal. No se trata de una estrategia coyuntural; brota de la exigencia interna de la Iglesia que “tiene que dialogar con el mundo en el que vive, y hacerse palabra, mensaje y coloquio” (cfr. Pablo VI, *Ecclesiam suam*). Un compromiso que según la Fenomenología y la Ciencia de las Religiones es el destino histórico de la fe cristiana hoy, que fortalecerá los vínculos entre los pueblos del mundo. Se desplaza al insano proselitismo y al talante inquisitorial, con la dinámica del reconocimiento de las diferentes identidades.

El proyecto de la diversidad reconciliada y atendida a lo esencial. La Unidad Real en pluralidad de formas como en el Cristianismo de los comienzos: las iglesias del área semita, la iglesia copta de Egipto, las del mundo bizantino, las iglesias latinas con sus ricas diferencias... unidas en los elementos fundamentales de la Escritura, la “regula fidei” y la estructura sacramental.

Con este reto teológico se salvaguarda: la proyección universal del Evangelio como reflejo de la mirada paternal de Dios sin dejar en la sombra la Mediación Universal de Cristo en el horizonte de la salvación (cfr. 1 Tim 2, 4-6). “El sueño no imposible de la Unidad mediante la pluralidad que aprenda a reunirse en la única Iglesia, con el pluralismo en las formas de pensar y de actuar, de culturas y civilizaciones”, como ha escrito Juan Pablo II en su conocida obra “*Cruzando el umbral de la esperanza*”. Pasos firmes se han ido registrando desde aquel “quien conoce el Cristianismo, conoce todas las religiones” (Harnack) y “quien sólo conoce una, no conoce ninguna” (Max Müller), hasta el grito confiado de N. Söderblom: “Sé que mi Salvador vive: me lo enseña la Historia de las Religiones”. En la retina perdura como un compromiso serio el Encuentro de Asís del 27 de octubre de 1986; todo un pentecostés de comprensión y armonía, lejos de un vago sincretismo. Este proyecto comporta hacer la verdad en la caridad; un respeto cordial a la libertad de conciencia; la articulación de un clima de familia, caminando juntos, aprendiendo de los otros; la autoridad ejercida como

servicio y para la confirmación en la fe; la inculturación que asuma el influjo de las culturas sobre las categorías del pensamiento, sobre los valores y sobre todas nuestras mediaciones; el atenernos todos a la Verdad, como programa de vida; porque, como luminosamente Zubiri señala en *“El hombre y la verdad”*, los hombres más que en la comunicación de sus puntos de vista, debemos encontrarnos en la Verdad pre-judicativa que nos antecede y convoca. Las grandes preguntas de la condición humana se encauzan a través de condicionamientos culturales formalmente diferentes. Y los problemas originados por nosotros hallan luz si la buscamos.

El personalismo. El personalismo de raigambre judeo-cristiana resaltando el carácter sagrado e irreductible de toda persona, representa una de las vigencias más fuertes actualmente en el mundo cristiano y se refleja en la opción preferencial por los pobres y en tantos proyectos por corregir las estructuras injustas e intolerables del mundo. Se valora la aproximación al otro como un encuentro con la Revelación del Otro; la ética de la compasión se asume como la suprema responsabilidad moral, y la fraternidad como el ámbito donde no se da Dios sin el prójimo ni el prójimo sin Dios.

El Vaticano II nos regaló la imagen del hombre mejor articulada a lo largo de la historia de la Iglesia, en un siglo donde se ha visto de mil formas refrendada la quiebra de la condición personal llegándose a la aceptación social del aborto, crimen y pecado que según Julián Marías significa el desprecio máximo a la vida humana y lo más grave moralmente registrado en el siglo XX. El Papa Pablo VI concentró la síntesis de todo el Concilio en el interés vivo por acercarse al hombre, realidad irreductible y única, digna de todo respeto y estima como persona, rebajando los obstáculos contra una efectiva fraternidad fundada en la Paternidad de Dios, “La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una inmensa simpatía lo ha penetrado todo”. No estamos ante un reduccionismo antropocéntrico. El hombre viviente es la gloria de Dios, el primer camino de la evangelización y el requisito de acercamiento al Dios Vivo. El sentido del Cristianismo consiste en la visión del hombre como persona. La epifanía de Dios en el rostro del prójimo y en la propiedad personal, cuya comprensión plena apela a instancias más altas; siendo Dios el espejo y la medida del hombre, “para conocer a Dios es preciso conocer al hombre”. Bellamente lo supo expresar Ortega y Gasset cuando escribe “...Al encarnarse Dios la categoría de hombre se eleva a un precio insuperable. Si Dios se hace hombre, hombre es lo más que se puede ser... pero Jesús parece amonestarnos suavemente: no te contentes con que tu yo sea ancho, alto y profundo. Busca la cuarta dimensión de tu yo, que es el prójimo”.

Pero junto al trigo también verdea la cizaña. Por ligerezas, infidelidades o con intencionados propósitos crecen ingredientes capitales contrarios a una perspectiva cristiana y con su fuerte presión alimentan en las mentalidades de la hora presente miopías, renunciaciones peligrosas, inversiones que con su desorientación contribuyen a un descenso de nivel sin encontrar apenas resistencias. Entre estas vigencias sesgadas que falsean la visión de la vida podríamos destacar el neopaganismo, las actitudes agnósticas y la tendencia sincretista.

El neo-paganismo. Esta vigencia, cerrada a la Trascendencia Personal, va empañando las costumbres y mentalidades con las huellas de un Humanismo Terrenal, donde la naturaleza humana encuentra su medida y su verdadero rostro. En este talante se advierte la renuncia a componentes básicos del mundo pre-cristiano como el reconocimiento de una norma moral universal, la moderación en las formas de vivir y la veneración a la Sagrada Memoria de los antepasados. La

realidad de Dios llega a confundirse con la inmanencia, y el misterioso abismo de la realidad natural con su poder no controlable. Todos los bienes se sitúan en esta tierra. No se tiene alma para comprender otros ideales superiores. La existencia renuncia al consuelo de la esperanza, se queda desarmada frente a los enigmas porque no se pueden despejar; no nos queda ningún resquicio de dicha fuera del curso de los días. Sólo vivimos del pan de una corta existencia que ni siquiera en los sueños encuentra un sentido oculto. Jorge Luis Borges lo retrató en una página fantástica de “*El Hacedor*”: “En la facultad de filosofía nos aturdió un clamor de manifestación o de murga. Alaridos humanos y animales llegaban desde el bajo. Una voz gritó: ‘Ahí vienen los dioses’. Cuatro o cinco sujetos salieron de la turba y ocuparon la tarima del Aula Magna. Todos aplaudimos llorando. Eran los dioses que volvían al cabo de un destierro de siglos. Agrandados por la tarima, la cabeza echada hacia atrás y el pecho hacia adelante, recibieron con soberbia nuestro homenaje... Excitado por nuestros aplausos uno prorrumpió en un cloqueo victorioso inflexiblemente agrio, con algo de gárgara y de silbido. Las cosas desde aquel momento cambiaron. Todo empezó con la sospecha de que los dioses no sabían hablar. Bruscamente sentimos que jugaban su última carta, que eran taimados, ignorantes y crueles, como viejos animales de presa y que si nos dejábamos ganar por el miedo o la lástima, acabarían por destruirnos. Sacamos los pesados revólveres y alegremente dimos muerte a los dioses”.

Este despliegue de la existencia a ras de suelo, fomentado dentro del mundo occidental, sin traumas ni tragedias, arrastrando una descomposición de la moral a nivel público y en la intrahistoria de muchas familias, pone sobre el tapete que el problema central de nuestro tiempo es la ausencia de la Realidad de Dios en nuestro pensar y en nuestra vida personal, el eclipse del centro de la identidad cristiana.

El agnosticismo. Declara nulo cuanto pueda resultarnos inaccesible o molesto, como quien se enfrenta con el aspecto de un páramo fingido, porque “la forma en que empleas la palabra DIOS no muestra en qué piensas, sino en lo que piensas”. Bajo esta denominación se disfrazan indiferencias ante lo religioso más que desengaños; no son llamas apagadas sino fuegos no encendidos; la frialdad o el tratamiento a distancia, cargado de objeciones y reparos, no componen la perspectiva más adecuada para una justa comprensión. La Religión acaba siendo relevada por la ética. Se llega a olvidar la sentencia del P. Suárez en sus *Disputaciones Metafísicas*: “Nullius rei essentia consistit in aptitudine ut cognoscatur”, dado que la estructura de lo real no coincide con nuestras ideas.

Tendencia al sincretismo. Bricolage que arrastra a un relativismo de contenidos fluidos e informales, amalgama de los más exóticos sucedáneos, primaciando el refugio de las espiritualidades frente a la dura realidad ambiental; la fe se impone sobre la religión; la experiencia sobre el conocimiento razonable; la privacidad intimista de la yuch o del pequeño grupo sobre la dimensión eclesial y pública... Lo Sagrado desplaza al Dios Personal. La fe y el saber teológicos quedan así convertidos en espejos al borde de nuestros caminos, cuando deberían ser un cristal transparente donde se transfigure más el misterio de Dios que nuestros rostros.

El sociólogo de la religión Peter L. Berger, en su obra *Una gloria lejana* nos alertaba de no confundir la vigencia del “aggiornamento” con incoherencias, relajación y precipitaciones. El acomodo a las directrices marcadas por “el espíritu de la época”, que pretendiera rebajar las disonancias del mensaje cristiano, delataría una pésima jugada de ligereza o de malversación. Señala cuatro salidas en falso: 1) “*La negociación cognoscitiva*”. La capitulación ante los fundamentos

del código de identidad cristiano intacto a lo largo de 2000 años. 2) “*La rendición cognoscitiva*”, mediante silencios sospechosos, para declararnos más presentables en esta sociedad. No se puede olvidar que el Cristianismo es “religión teo-lógica” que fomenta un despliegue de maduración y no un parvulario crédulo con “el complejo de Peter Pan”. 3) “*El atrincheramiento defensivo*” proclive a petrificar las creencias vitales en un aislamiento saguntino enemigo de un diálogo nuevo con la historia presente. 4) “*El atrincheramiento ofensivo*” que más que proponer unas verdades, pretende imponerse con ellas desde una intolerancia inmisericorde.

* * *

En medio de las ambigüedades y conflictos humanos, el Concilio despejó un panorama esperanzador lleno de luz. Se ofrecieron caminos de futuro, señalizados por la libertad, la esperanza, el sentido trascendente de la vida, el misterio de la realidad personal. En el paisaje de la historia, trigo y cizaña seguirán entremezclados. En curso sigue la otoñada hasta el final. Ni la vida, ni la historia, ni la evangelización del mundo están concluidos ya: son senderos en el bosque bajo un horizonte. Los nudos gordianos de nuestra condición no se solucionan con dedos acusadores impacientes, ni con desidias; tampoco existen soluciones mágicas. Sí reclaman Sabiduría. Es en la Verdad donde los hombres debemos encontrarnos. Sólo la Verdad nos hará libres. “Y la Verdad no se impone de otra manera más que por la fuerza de la Verdad misma”.